

Un «Minué» del Tamboril

Tiene el tamboril basto, entre su música propia y característica, generalmente movida y alegre, una que es grave, ceremoniosa y solemne como nuestras antiguas Juntas, de feliz recuerdo. Cuando la toca, parece que se quita por un momento la boina encarnada y el pañolito de vivos colores de las romerías (su *toilette* ordinaria), para vestirse, muy serio, de frac y tricornio. Esta música es la de los «minués», nombre que no sé si es del todo apropiado, pues las composiciones llamadas universalmente así, aunque también están escritas en compás de 3/4, llevan un aire mucho más movido, distinguiéndose por cierta ingenua y, graciosa ligereza, que en nada se parece á la pausada gravedad de las nuestras. Muchos y muy bonitos tocan nuestros tamboriles, pero entre todos ellos, ninguno me ha llamado la atención tanto como el que tengo el gusto de dar á conocer á los lectores de esta interesante Revista. Lo habría oído muchas veces, con seguridad, pero sin que me fijara en él, como sucede á menudo con la música popular, y tengo muy presente la ocasión en que lo tomé en la memoria. Hace ya de esto bastantes años. Eran las primeras horas de una hermosa tarde de Junio. Me encontraba en mi casa, recién venido del curso, un curso seguido en una ciudad castellana donde no se oyen ni asomos de tamboril siquiera, donde el campo es todo aridez y tristeza, donde las caras son morenas y las fisonomías tan serias y tristes como el paisaje. Sentía sed de frescura, de cosas de mi país, de mi tierra. Era aquel día víspera de la festividad del Corpus, y siguiendo antigua y piadosa costumbre, el Sr. Párroco, acompañado del Alcalde y los dos Mayordomos de la Cofradía del Santísimo Sacramento, todos vestidos de fiesta, recorrían pausadamente las calles de la villa, mientras dos alguaciles, descubiertos y con sendas bandejas antiguas en las manos, subían hasta los últimos pisos de las casas, recogiendo limosnas para la Cofradía. El tamboril, nuestro clásico tamboril, también descubierta, iba por delante y á respetable distancia, tocando una vez sobre otra, con una insistencia que, lejos de cansar, agradaba, el «minué» á que me refiero. La tarde estaba magnífica y el cielo tan claro, tan azul, que no parecía sino que, de víspera, había querido vestirse y prepararse para el Gran Día, uno de los tres del año:

Que relumbran más que el sol,

según la popular copla española. Cuanto veía á mi alrededor me atraía y me cautivaba. Perezosamente sentado en mi balcón, contemplando el hermoso cielo, donde se dibujaba, gallarda, la torre de nuestra iglesia, oía yo, medio distraído y con cierto vago encanto, la música de los silbos, como quien oye algo que otras muchas veces se ha oído sin prestarle atención, algo que uno quiere sin conocerlo propiamente, sólo porque pertenece al mundo de los infantiles recuerdos

El tamboril se iba alejando, y conforme se alejaba, las notas del «minué», cien veces repetidas, llegaban á mí cada vez más débiles, pero también más dulces y poéticas con la distancia...

Desperté al fin sin haberme dormido; salí de mi embelesamiento, y experimenté entonces una satisfacción y un contento especial: el que sentimos en el momento en que comprendemos, en que nos damos cuenta á nosotros mismos del valor de una cosa que durante algún tiempo nos ha causado impresión grata, pero inconscientemente, por decirlo así, y sin hacernos bien cargo de ello...

Me faltó tiempo para echar á correr al piano lleno de entusiasmo, de aquel entusiasmo de los veinte años, que dura un momento y cuando una vez se ha ido, ya no vuelve más. Me encantó el efecto que producía con el sencillo acompañamiento de mano izquierda que le puse, y contento con mi pequeña obra de arte, quedé más satisfecho que si hubiera hallado un tesoro escondido, El «minué», desde aquel día, lo tocaba con gran ilusión en todas las casas amigas donde se permitieran el lujo de desempolvar un piano. En las puntas de mis dedos, no tan ágiles (hay que reconocerlo) como lo pedía la música, bastante exigentilla, lo llevé á más de un salón, y el minué de la víspera del Corpus se repetía mil veces entre aplausos, *hacia furor*. Muchas veces pensé en escribirlo tal como lo tocaba en el piano (que era como lo escribo ahora) con su acompañamiento de izquierda, bastante imperfecto, si se quiere, pero que, no obstante, produce no mala impresión, sirviendo para marcar el ritmo de los tamborcillas, cosa muy esencial para hacerse cargo del aire de esta música originalísima, á la que hasta ahora no he encontrado parecido.

¿Quién fué su autor?... Prefiero no saberlo: que no parece sino que muchas veces pierden de su encanto las cosas cuando al pie de ellas puede estamparse un nombre con un apellido. Sin duda ninguna que fué músico notable, dotado de un corazón genuinamente euskaro, del que se ha dejado llevar en un momento

de inspiración verdadera. El insigne maestro Gorriti, que me lo oyó tocar en cierta ocasión, exclamó entusiasmado: «Magnífico, hermosísimo». «Eso es Haydn, enteramente Haydn». ¡Y cuidado que era voto en la materia! Yo declaro sinceramente, sin embargo, que ningún trozo de este autor inmortal, con ser lo que fué, prodigio de inspiración y dulzura, ha hecho vibrar mis fibras más sensibles como el antiguo minué que nos ocupa. Lo que le caracteriza es la gravedad, la solemnidad, unidas á la gracia y la ternura, cosas que rara vez se encuentran todas juntas. Tiene algo, efectivamente, que recuerda á Haydn, algo ceremonioso y galante que trae á In memoria trozos del «Don Juan» de Mozart; y al mismo tiempo, por su brioso arranque en ciertos pasajes, parece haber robado notas y cadencias á nuestros bailes heroicos. Es un conjunto admirable de cualidades al parecer opuestas, y que, no obstante, se hermanan perfectamente.

Si descendemos á los detalles, ¡qué corte tan basto el de la frase primera! ¡que expresivo y tierno, qué triste el empezar de la segunda parte, en tono menor, con aquellas notas graves que, en el segundo compás, responden tan originalmente al canto! Pues ¿qué decir del final? airoso y valiente como él solo, y de aquella tercera parte del penúltimo compás, de aquel tresillo interrumpido como en los zortzikos, y que tan inesperadamente y como por sorpresa rompe la igualdad de las semicorcheas anteriores, dando término enérgico y brillante á la composición? Es de lo más lindo que en música se puede oír. Si algún día el violín y violoncelo, que tan bien saben *decir* lo que tienen que decir, se dignaran substituir al silbo inexpressivo, y en lugar del tamboril, fuera un cuarteto de instrumentos de cuerda, el que lo ejecutara en el silencio de un salón, yo estoy seguro de que el efecto de este minué, tocado en su propio aire y con la expresión y delicadeza debidas, sería maravilloso. Dando *carta de ciududanía*, por decirlo así, á la humilde tocata, la sacábamos de la obscuridad en que vive, reducida á solemnizar sencillas fiestas de pueblo, y hacíamos que fuera conocida de los inteligentes, que se felicitarían de ello. Los delicados instrumentos familiarizados con las eminencias clásicas, con Mozart y Beethoven, se complacerán en tocar el elegante minué, cuyos ecos no han salido hasta ahora del recinto sagrado de nuestras montañas.

Propongo la idea, por si á alguno le parece bien y quiere hacer un ensayo.

Hé aquí la música

Allegretto con espressione

Ando 1-33

The musical score consists of ten systems, each containing five staves. The notation is highly detailed, with many notes beamed together in groups. There are numerous slurs and ties throughout the piece. The first system is marked with a tempo of 'Ando 1-33'. The notation includes various clefs and key signatures, though they are somewhat faded in the scan. The overall style is that of a historical manuscript, possibly from the 18th century.

Vivace di Moravia

Vienna, Gio: de' Vecchi di 1709